

Sombra terrible de Echeverría...

Kohan, Martín. *Los cautivos. El exilio de Echeverría* (novela).

Buenos Aires, Sudamericana, Colección Narrativas Históricas, 2000, 172 páginas.

por Adrián Ferrero, Universidad Nacional de La Plata

La barbarie siempre ha ejercido sobre los letrados una eminente seducción, como todo lo distante. Divergentes por su índole, por sus modales, por sus móviles, tienden a repelerse pero también a atraerse como dos polos golosos el uno del otro. Y ambos, además, son proclives a elaborar célebres y taimadas imágenes recíprocas.

Precisamente eso es lo que primero llama la atención de este texto. Su primera parte es una suerte de catálogo de la inmundicia y la brutalidad (que un recurrente narrador parentético tiende tranquilizadora-mente a evaluar). No obstante, como un oxímoron, ese inventario se realiza en una lengua exquisita, apelando a la precisión léxica, a la prosa pulida y trabajada poéticamente; en suma, al más estricto recato.

Ese contraste entre la escatología y la violencia, y la manera de dar cuenta de ambas (esa distancia), es lo que separa a esta novela de un texto pornográfico y lo que impide al lector proclive a ello a no escandalizarse ante lo que lee. El narrador realiza una labor propedéutica que consiste en condenar y en adjudicar a los paisanos la barbarie a la que todos asistimos: los gauchos no se ahorran función fisiológica, humor ni desperdicio por exhibir con alardes.

En realidad, la representación literaria

del hombre de campo recuerda más a la caracterización que de los ranqueles hacía Lucio V. Mansilla o de los pampas José Hernández. En este sentido, el texto de Martín Kohan (1967) ejerce un desplazamiento de propiedades en un tipo humano agradadamente idealizado por el folklore y parte de la historia argentina.

De manera zoológica y metonímica, los capítulos están titulados según una progresión léxica que apela a la fauna pampeana y que, también, hace de esa geografía una recolección de emblemas. La novela entabla un diálogo con la misma producción echeverriana (sobre todo con el poema *La cautiva*, enunciado ya desde su título, pluralizado y masculinizado), pero, además, con la literatura argentina que pensó a esta geografía como un modo de diferenciación o como una alternativa a los moldes neoclásicos.

Si bien el libro da cuenta de un momento histórico concreto, también se propone recuperar no la figura de un prócer sino la de un letrado. En este sentido, la "imagen de escritor" que construye Kohan es la de un intelectual comprometido. Lo elabora como un personaje militante disidente pero también se ocupa de señalar su prudencia en esa misión.

Las mismas dicotomías que atravesaron el siglo XIX atraviesan el libro. Unitarios y federales, civilización y barbarie, libertad y opresión. No obstante, el grueso del libro está dedicado, a la manera de los cuadros de costumbres, a pintar la idiosincrasia de la paisanada y del patronazgo: la lógica de la estancia y de la vida rural. Kohan muestra el “humus” sobre el cual le fue posible prosperar a una ideología como el rosismo.

En otro sentido, con mucha ironía Ko-han se apropia de todas las lecturas argentinas que acentuaban el “color local” y las narra con la distancia malévolamente del año 2000, donde aparecen tan remotas como ficcionales.

La novela tiene una estructura bipartita. La primera parte (más extensa) transcurre en una estancia cuyas coordenadas no se especifican con claridad, pero se sitúa vagamente en la provincia de Buenos Aires. La segunda, en cambio, tiene lugar en la ciudad de Colonia del Sacramento, en la República Oriental del Uruguay. En ese lugar privilegiado del exilio argentino, dos mujeres que han estado enredadas con Echeverría hacen el amor, como una manera de recuperarlo en esa ausencia que es una fuga. Exiliadas del cuerpo de Echeverría, tienden a unirse para encontrar la patria que perdieron y se acoplan como las otras dos mitades del poeta. El hecho de que una de ellas sea prostituta le otorga al encuentro una reflexión sobre los límites.

El texto aclara al final que el cuerpo de Echeverría nunca fue encontrado. El paradero desconocido de ese cuerpo es uno de los datos que autoriza a tejer sobre él una trama novelesca y a retomar, una vez más,

la larga tradición argentina en materia de necrofilia.

Pensado como una ficción sobre una figura histórica, el texto rompe con algunas convenciones del género. En primer lugar, el tono ligero, a veces juguetón, con el que está narrado le quita el carácter uniformemente solemne que tiende a contaminar la narración sobre los héroes de la patria o los poetas nacionales. En segundo lugar, hay una cierta voluntad de exagerar hasta volver grotescas algunas escenas que un novelista histórico convencional no se permitiría, porque romperían con el verosímil correspondiente. Kohan no respeta la retórica del género, y es por ello que la inclusión de *Los cautivos* en esta colección editorial se vuelve paradójica y hasta provo-cadora.

Echeverría se salva en la novela de correr la suerte de los personajes de su cuento. Escapa de la persecución rosista como no logró hacerlo el unitario de *El matadero*, que muere de ira y de bronca, vomitando sangre por el atropello federal.

La inmundicia y el vómito de *El matadero* son expandidos y multiplicados por Kohan en varias direcciones. La persecución, en cambio, permanece latente, sobrevolando como una certeza la novela.

Los cautivos es un texto que se lee con placer y con encanto. Tiene sin duda esa virtud que Borges echaba en falta en algunos libros contemporáneos: su carácter novelesco. La tersura del texto, salpicado de tanto en tanto por giros de la oralidad e incluso de la así llamada grosería, se conjuga para dar lugar a una prosa deslumbrante, compleja, que no desdeña la

heterogeneidad ni se deja amedrentar por el falso decoro.

Kohan ha hecho con Echeverría lo que Echeverría hizo con su unitario. Como lectores de ambos, asistimos a una operación literaria compleja que nos hace pensar en la continuidad proliferante de la ficción y también en los límites difusos que entrañan la escritura y la lectura como prácticas en ocasiones fácilmente conmutables.

El hecho de que Kohan sea Profesor y Licenciado en Letras, autor de textos de crítica académica, autoriza a pensar también hasta qué punto la crítica literaria no prolonga su oficio en ejercicios literarios, como éste. O viceversa. Pero esa es otra historia, u otro tratado.